



AYER Y HOY



N.º 35

Mayo - Junio 1953

NUESTRA PORTADA

El Rollo de Maqueda,

dibujo de Enrique Vera.



CUADROS DEL GRECO EN BURDEOS



El Greco: «La adoración de los pastores» (Santo Domingo el Antiguo.—Toledo).

SUMARIO

- Las firmezas de Isabela, *por Fernando Allué.*
- La VI Exposición de Arte, *por C. P.*
- Dibujos sobre Toledo, *por Guillermo Téllez*
- Página poética (premios del Concurso del Corpus Christi. Clemente Palencia, J. A. Villacañas, Tertulino Fernández).
- La fabricación de espadas en Toledo, *por José Relanzón.*
- La cueva de Montesinos, *por Gregorio Planchuelo.*
- Inauguración de la palabra, *por J. M. Cabezalí.*
- El Hada Victoria, *por Francisco Zarco Moreno.*
- Libros de nuestros asociados, *por Clemente Palencia.*

Recientemente se ha clausurado la famosa Exposición que se celebró en Burdeos, sobre el Greco. Allí se rindió un público homenaje de admiración al Profesor Camón Aznar, autor de uno de los libros más documentados sobre el pintor cretense. También estuvo presente el Conservador del Museo y Casa del Greco, Mariano Rodríguez de Rivas, que en el número próximo nos dará una amplia información sobre los actos que allí se realizaron.

Esta «REVISTA» toledana ha de destacar ante sus lectores las palabras que pronunció un ilustre profesor francés: «El Greco, es un pintor toledano; sobre el milagro vivo de la ciudad, que es toda ella un milagro de la Historia y del Arte, tenía que aparecer ese pincel, que tiene arrebatos apocalípticos, raptos místicos y geniales que solamente pudieron realizarse por un hombre que no fué ni griego, ni veneciano, sino pintor de Toledo».



El Greco: «Sagrada Familia» (Museo de la Duquesa de Lerma.—Toledo).

PUNTUALIZACIÓN GONGORINA

LAS FIRMEZAS DE ISABELA

Por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

(De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo)

Siempre sucede así. En cuanto periodistas o viajeros más o menos literarios vienen a Toledo, nos colocan, con ínfulas culturales, el consabido versito:

«¡Toda júbilo es hoy la gran Toledo!»

Por supuesto, nunca nos narran el origen, y por las trazas y la forma de lanzarlo desconocen la fuente. Señores: No es para tanto. Ni siquiera el verso es bueno; saltan a la cara los cascotes; ni pertenece a obra de difícil alcance. Don Vicente García de la Huerta quizá no soñó que su nombre permaneciera ignorado mientras su dichosa exclamación fuera pasto del rebañiego turismo. Y «Raquel» entretanto esperando el sablazo desde la primera línea de la tragedia dieciochesca. El *júbilo* de la «gran Toledo» no era otra cosa que un ripioso arranque con que llenar plana y media de ladrillo mampostero. Verdaderamente no había necesidad de tanto «júbilo».

Hay también otra cosita con que nos suelen ilustrar los mencionados visitantes de ocasión. Pero ésta ya necesita más explicaciones.

Se trata de unos versos admirables de Góngora; suelen citarse así:

*Esta montaña que precipitante
há tantos años que se viene abajo;
este monte murado, ese turbante
de labor africana, a quien el Tajo
su blanca tocães, listada de oro...*

La estrofa, en verdad, es magistral. Pero los citantes o no dicen autor o, aludiendo al gran cordobés, no mencionan de dónde han tomado los versos. Y ello tiene su intrínquilis. Veamos.

Citados en esa exacta forma, los versos de Góngora están tomados siempre de la alusión a ellos que hace don Gregorio Marañón en una admirable página de su «Elogio y nostalgia de Toledo». (Página 49 de la edición de 1941). También don Tomás Tamayo de Vargas los cita de semejante manera en sus «Obras de Garcilaso de la Vega, príncipe de los poetas castellanos». (Luis Sánchez.—Madrid, 1622.—Notas de los folios 72 y 73). Y no cabe duda que, tanto don Gregorio como Tamayo, recuerdan y copian de memoria los versos, pues ambos incurren en errores de palabras que menoscaban la exactitud y la belleza del original.

Un ligero examen de la estrofa, sin cotejarla con ediciones vernáculas, nos descubrirá la extrañeza de «esta montaña», de «este monte», desconectados de «ese turbante», ya que todo debe ser uno y lo mismo. Por otra parte, existe una asonancia repelente: *años, abajo*, en un mismo verso, cosa que, dada la sensibilidad agudísima de don Luis, no tiene razonable explicación.

Tamayo nos ilumina la fuente. Vayamos a él: «Debémoslo obligados, como a la felicidad del más noble ingenio que a nuestra Era envidian los antiguos de Córdoba: véanse sus palabras para que se adivine la excelencia igual en desigualdad tanta de estilos por testimonio de mi censura y por agradecimiento a la honra hecha a nuestra ciudad [Toledo] por don Luis de Góngora, nuestro amigo, en su *Isabela*». En su *Isabela*. ¡Ah! Los versos pertenecen, pues, a la «*Isabela*», a la «Comedia de las Firmezas de *Isabela*». Acudamos a una de sus más antiguas ediciones.

La que tenemos a la mano es del año 1654. No es la primera, desde luego, pues ésta se publicó en 1633, y la que manejamos es posterior; pero confesemos que ha sido la predilecta de los eruditos, quizá porque siendo posterior háyase conservado más. La comedia de referencia va inserta en «*Todas las obras de don Luis de Góngora, en varios poemas. Recogidos por don Gonzalo de Hoces y Córdoba, natural de la ciudad de Córdoba. Dedicada a don Luis Muriel Salcedo y Valdivieso, caballero de la orden de Alcántara, etc. Con licencia. En Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1654. A costa de la Hermandad de los mercaderes de libros*». «Las firmezas de *Isabela*», figura a partir del folio 189, incluyéndose también otras dos comedias inacabadas. Es interesante esta «advertencia» que el compilador recoge en el tomo y que, exactamente, reproducimos: «Adviértese que la comedia de las Firmezas de *Isabela*, los fines della no son de don Luis, porque los acabó don Juan de Argote, su hermano, y las otras dos de Carlino y la Venatoria, también las dejó por acabar en aquel estado». Las tres, pues, son piezas sin concluir. Y no escribió el gran poeta de las «Soledades» más teatro que estas vagas muestras, muertas antes de nacer.

La «*Isabela*» fué compuesta, según Chacón, probablemente en 1610, y su acción sucede en Toledo. Como pieza teatral, según el maestro Dámaso Alonso, «supone increíble obcecación de una mente clara» («*Poesía española, ensayo de métodos y límites estilísticos*».—Madrid 1950.—Pág. 90). Y ello, en verdad, hace pensar qué buscaría Góngora, poeta colocado mentalmente en los más altos estrados, al componer o intentar componer, y ello reiterado tres veces, una comedia. Posiblemente esto nos conduciría a un aspecto nuevo e insospechado: La influencia del tan escarnecido Lope de Vega, en la propia vida material y espiritual del vate culterano. Pero nos desviamos de nuestro objetivo. Volvamos a la «*Isabela*» y a lo que en ella buscamos.

En la jornada tercera, existe una maravillosa descripción de la ciudad, en octavas reales (folio 205 vuelto), diálogo entre dos personajes: Galeazo, viejo, mercader de Sevilla, y Emilio, viejo también y también mercader, aunque de Granada. Van paseando por las escarpadas afueras de Toledo, enfrentándose con el peñón inmortal. Y dicen:

GALEAZO.—*Demos en esta cumbre un solo instante
paz a la vista y treguas al trabajo.*
EMILIO.—*Esa montaña, que precipitante
há tantos siglos que se viene abajo,
ese monte murado, ese turbante
de labor africana, a quien el Tajo
su blanca toca es listada de oro,
ciñó las sienes de uno y otro moro.*

La descripción continúa, y es francamente excepcional; una página maestra de la literatura española que puede ponerse al lado de otra descripción de Toledo, también excepcional: la de Garcilaso, en la Egloga III.

Comienza, pues, la descripción con una octava prodigiosa, y sobre todo, de ella, los versos tercero y cuatro constituyen el retrato más extraordinario que se ha hecho de Toledo:

*...Esa montaña, que precipitante
há tantos siglos que se viene abajo...*

Dos líneas tan sólo han servido para captar el paisaje fascinador de la urbe inmortal, como pocas pinceladas le bastan al Greco para prender el espíritu y la forma del complicadísimo y misterioso Toledo.

Pero... obsérvese bien. No se trata de «esta montaña», sino de «esa montaña», ni de «años» que se viene abajo, sino de «siglos»...

La VI Exposición de Arte

Desde el día 3 hasta el 10 de Junio estuvo abierta, y siempre llena de visitantes, nuestra última Exposición. Hemos registrado el número de veintidós artistas expositores y setenta y dos obras expuestas. Comparando a unos y otros, observamos detalles de superación en todo el conjunto, con bastantes avances en algunos artistas, como en *Tomás Camarero*, que ha conseguido en sus dos cuadros toques definitivos de color y dibujo. Su «Vista de Toledo» recordaba los cuadros de Villaamil y Parterisa, y no está mal verter un poco de romanticismo sobre la paleta cuando se hace con la exactitud y gracia que este joven artista.

El mismo comentario nos despertaba esa bonita «Plaza de San Lucas», de *Fernando Hipólito Lancha*; pincelada viva, descriptiva y luminosa, con un primer término algo inexacto, pero con un fondo bastante logrado. Su «Bodegón», muy bien concebido; aunque quedaban magistralmente dispuestas las dos perdices, adolecían de detalles, tal vez por la excesiva precipitación con que se hizo el cuadro. De este artista podemos esperar grandes obras.

Manuel Romero Carrión se mantiene en su altura conseguida hace ya tiempo. «El Convento de la Con-

cepción», tan acertado de dibujo, causó una impresión muy agradable. Sin el cielo tan azul, la obra sería una de las mejores de la Exposición.

Una docena de lienzos expuso *Joaquín Caridad Arias*. Es un artista nuevo en Toledo; sus obras no son de novel, como lo demostraron sus dos interiores de la Catedral de

chez fué. variada por los diversos temas que presentó. Sus tres retratos eran exactos en la expresión. «La Ermita de la Soledad» y la «Cruz de los Caídos», conservan, junto a su encanto rural, una perfecta ejecución.

El óleo de *Pedro Toledano*, titulado «Toledo» (estudio), es lo único que pudimos admirar de tan prestigioso artista;

todo aparece perfectamente resuelto en este cuadro, tan animado de luz, con un primer término deliciosamente interpretado. Es muy de lamentar que las ocupaciones y actividades no le permitan dedicarse a la pintura, en la que lograría éxitos indiscutibles.

Félix Muncharaz sigue con

su modalidad del retrato, logrando nuevos aciertos en el de «La señorita Aida de Piñol», y con una buena interpretación del paisaje en «Lo que se ve desde mi estudio». Del mismo modo son admirables los progresos de *Gregorio Villarroel*.

Sus dos obras presentadas fueron objeto de numerosos comentarios, lo mejor que puede desear un artista. Alguien señaló como muy perfecta la luz en la parte alta; alguna nota de exageración en la perspectiva y demasiada violencia en los contrastes; desde luego en él



Conjunto parcial de la Exposición en la Galería Alta del Ayuntamiento.

Lugo, con ejecución irreprochable. Las dedicadas al río Miño son de composición y tema de un vigor y encanto extraordinarios.

Dentro del tema más discreto, entonado el color y correcto en el dibujo, presentó tres pequeños óleos *Nemesio Potenciano*. Interpretación moderna y personal de los temas toledanos en la «Plaza de Santo Domingo el Real», de *Enrique Veloso*, y buena disposición de fondos, colores y perspectivas en el «Convento de la Concepción», única obra expuesta por *Antonio Maeso*.

La aportación de *Antonio Sán-*

hay un gran temperamento capaz de grandes cosas.

Las copias de *Francisco Redondo*, si no muy perfectas, tienen notas agradables y muy buena solución de detalles.

María Luisa García Pardo presentó dos óleos de extraordinaria belleza y originalidad. Sus maravillosas rocas de yeso, que avanzan hacia el mar, tan luminosas y transparentes, solamente pueden ser interpretadas por esta exquisita observadora de detalles. Premiada en algunas exposiciones, llevan sus obras toda la atrayente personalidad de su propia autora.

La singular modalidad de acuarelas de *Alfonso Bacheti* quedó una vez más patente con sus cuatro grandes obras presentadas. Sobre todo comentario al tratar de enjuiciar la labor pictórica de un artista que fué ya laureado en varios concursos.

Los trabajos de Escultura han aumentado en esta Exposición. *Luciano G. Gómez* presentó una buena talla de Jesús Crucificado. El conjunto de la figura logra impresionar, triunfando en un tema tan repetido en la imaginería religiosa, tal vez por el acierto con que se interpretó la caída del rostro y el suave abandono del cuerpo.

Los trabajos de *Máximo Revenega*, en terracota, tienen el valor excepcional de su buena interpretación, alcanzando la «Venus de Milo» un aire de majestad clásica perfecta.

A la vista de estas obras, el Jurado calificador, compuesto por el crítico de arte D. Juan Gich, y por el notable periodista, miembro



Vista de Toledo, por Emiliano Castaños.

del Tribunal de Bellas Artes, don Víctor de la Serna, concedieron los siguientes premios: Los dos primeros a *Pilar Travesedo* y a *Emiliano Castaños*, por el conjunto general de sus obras. Otro a *Manuel Pintado* por sus magníficas acuarelas; los tres de Pintura.

El premio de Escultura se concedió a *Armando F. Fraile*, y el premio «Alcora» de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, a *María de Quismondo*, por sus trabajos de Cerámica.

Los cuadros de *Pilar Travesedo*, a espátula, constituyen una modalidad de ejecución llena de dificultades. Su enorme cultura y su for-

mación de artista al lado del inolvidable maestro Marceliano Santamaría, unido todo a sus grandes intuiciones y buen gusto, hacen de nuestra distinguida asociada uno de los más prestigiosos valores en pintura.

El espíritu de observación del catedrático *Emiliano Castaños* —sus dibujos de clase superan al texto más perfecto—, su dominio del color y su paciente laboriosidad derrochada en jornadas interminables de estudio al natural, le han hecho maestro consumado en esas vistas de Toledo, llenas de vida y de alma. El lector puede admirar en esta misma página la que obtuvo el primer premio de la Exposición.

Las acuarelas de *Manuel Mar-*

tín Pintado dieron especial importancia a la Exposición. Artista consumado, reflejó en sus diez obras todo lo que pueda interpretarse en retrato, naturaleza muerta, paisaje y tipismo. Toda la agilidad mental del autor, su vitalidad y gracejo chispeante, están perfectamente proyectadas en su labor artística.

El premio de Escultura fué concedido a un joven artista, *Armando Fernández Fraile*, que presentó cuatro bustos muy bien logrados. Conocíamos su labor en la Escuela de Artes y Oficios, y estimamos muy justo este galardón, que es confirmación oficial de lo que puede esperarse de este escultor.

TRES DIBUJOS SOBRE TOLEDO POR MARIA LUISA GARCIA PARDO

Por GUILLERMO TÉLLEZ



La torre de San Miguel Alto, restaurada en 1953 por Regiones Devastadas.

Para ilustrar una producción mía, la señorita María Luisa García Pardo ha tenido la amabilidad de hacer los bellos dibujos que aquí insertamos. Dado su valor intrínseco, a más del monumental, no queremos que sus líneas se entierren en la necrópolis de unas hojas densas de información arqueológica. Esta es la razón por lo que los sacamos de su encierro académico y los llevamos a las hojas más móviles de AYER y Hoy.

El primero, nos representa la torre

de la iglesia de San Miguel el Alto, restaurada por Regiones en 1953. La hemos puesto como ejemplo de torre absolutamente desligada del cuerpo de la iglesia, como lo está San Cipriano, acaso San Nicolás y lo estuvo San Román. Más pequeña que San Román y Santo Tomé, forma grupo con ellas por tener un cuerpo de Manieles de Cerámica, y el inferior, de arcos angulados, que imita al del Cristo de la Luz.

La segunda ilustración nos presenta a San Sebastián de las Carreras, típica iglesia, desligada hoy del caserío. La torre va en cabecera, es de las más sencillas, formando grupo con San Bartolomé y San Cipriano; parte

baja sobria, y la alta, un simple cuerpo de campanas.

Tiene acceso lateral del renacimiento que se cierra en la época barroca, en la que parece que consigue el acceso por el hastial principal. Es de las que conservan contrafuertes para contener el empuje de los arcos formeros y presenta un sobrio frontón, acaso el único que ofrecen las iglesias de tipo toledano. La cabecera desarrolla mal, por ser la torre anterior a las capillas y quedar medio empostradas entre ellas.

El tercer dibujo nos presenta San Cipriano. La torre, análoga a la anterior, juega al lado de la cabecera, única barroca. La iglesia, típica de planta de salón. Se amplía con una gran cabecera del ancho de la nave, que a su vez se complementa con el camarín de la Virgen de 1660, que parte quedaba al aire sobre pilastra de corte

irregular adaptada a la dirección de la calle, cerrado en nuestros días por razones de higiene. La cabecera busca la luz hacia el caserío, huyendo la calle directa. Al interior, la iglesia se prolonga hacia atrás en ampliación que enrasa con el suelo del coro alto, dándole un aspecto ahogado. A los lados de la ca-



San Sebastián de las Carreras, con su torre en cabecera, es una de las más típicas iglesias toledanas.

becera, dos capillas: la de la Epístola, irregular, le hacen la apariencia de crucero, pero estructuralmente se ve que no lo es.

La calle estrecha la escalinata, una de las pocas de Toledo que grandes desniveles los resuelve en rampa (una por el Plegadero y otra por el Coliseo); lo cercano a los rodaderos del río, hacen de este lugar uno de los más evocadores de Toledo. Enfermas de vejez, las casas que miran a la corriente, van dejando en el luchar con el tiempo los trozos de sus casas, que hechas cascotes, tejas, tierra y pedruscos, va tragando el río y clasificando a su modo, haciendo de su corriente

surco de agua, piedras, ruinas, todo con una salmodia, escasa de himno, barro y recuerdos, amasado notas y parca de alegría.



La iglesia de San Cipriano con su típico camarín de la Virgen de la Esperanza.

DOS POEMAS FRANCESES

DE FRANCIS JAMMES

El calendario lee junto al cesto de huevos
la niña, y apartando fiestas y santorales
va contemplando absorta los bellos signos nuevos:
peces, carneros, toros, con otros animales.

Y así va adivinando —diminuta aldeana—
que encima de nosotros, en los mismos luceros,
hay mercados iguales que dan su copia hermana
de pescados y cabras, de toros y carneros.

Ya la lonja celeste abre su sinfonía.
Mas, al llegar al signo de Libra, con paciencia,
sospecha que en el Cielo, como en la especería,
se pesan sal también, y el café y la conciencia.

DE PAUL VERLAINE

Es un infinito
tedio la llanura:
brilla como arena
la nieve insegura.

El cielo es de cobre;
sin lumbre ninguna
creyérase alzarse
y morir la luna.

Como nubes flotan
grises las encinas
entre húmedos vahos
de frondas vecinas.

El cielo es de cobre;
sin lumbre ninguna
creyérase alzarse
y morir la luna.

Escuálidos lobos
y corneja acerba...
Ese cierzo agrio,
¿qué suerte os reserva?

Es un infinito
tedio la llanura:
brilla como arena
la nieve insegura.

(Trad. de FERNANDO ALLUÉ Y MORER)



En el concurso poético celebrado para las solemnidades del Corpus Christi, fueron premiadas las poesías que publicamos en esta página. El premio de prosa quedó desierto, otorgándose, en su lugar, la cantidad fijada para éste a los dos accésit.

P R E M I O

Tríptico de sonetos a la Eucaristía y Corpus

Lema: «EN LAS ALTURAS»

I

Disfrazado entre perlas, das al viento transparencia y milagro de blancura, velando con cendales tu hermosura en la humildad del Santo Sacramento.

Como el ciervo, Señor, busco sediento arroyo cristalino en tu dulzura; en la fuente que mana de agua pura; en tu ser, que es bebida y alimento.

Siguiendo la verdad de tu doctrina, un enigma de espigas y de vides consume tus entrañas celestiales.

Desde el blanco sudario de la harina, piedad a todos con amor nos pides tras lágrimas de luces y cristales.

II

Parábola de abejas y de granos alimentá el fervor de tus panales; y rosas de tus prados celestiales florecieron de amor en tus arcanos.

Son gracias de tesoros soberanos los abismos de perlas y corales, la amapola encendida en los trigales, y el pan de salvación sobre tus manos.

Sin tu dulce maná quedan sedientas y en ocaso sin luz las criaturas. No nos niegues la gracia que se encierra

en dorado viril, ya que sustentas desde el humilde valle a las alturas los quicios de los cielos y la tierra.

III

En custodia con oro modelada, como un astro rocorre su carrera, pirámide de luz, marcha señera como joya en los aires engarzada.

La majestad de Dios iluminada por fragancias de blanca primavera; aromas derretidos por la cera, incensos de fervor cada mirada.

Aquí posada tu sagrada planta, se hizo roca tallada y reluciente en el altar de tu divina mano,

y toda la ciudad a Dios levanta, alta su historia de peñasco ingente, sobre el mapa de España soberano.

CLEMENTE PALENCIA

PRIMER ACCÉSIT

MENSAJE DEL AMOR

Lema: «TIEMPO»

I

Florilegio del viento: una paloma a lo largo del tiempo se divisa, y juguetean sus alas con la brisa que en cadencias el alma policroma.

El eterno misterio de su idioma habita el pensamiento en la precisa soledad repetida. Más concisa cada vez que a los ojos nos asoma.

Si penetra triunfante por el muro, siembra su arrullo la sutil grandeza en un rocío de brillante albura.

Si picotea en mi trigo, vano y duro, cansada de posar en la crudeza, siento en el pecho su punción de altura.

II

Aleteos da al mar; y al aire mece un conjuro de sol y tempestades. Y en las aguas, bebiendo eternidades, las altas olas que el amor acrece.

De espuma en el semblante, que engran-
[dece,
se vierten con su fuerza las edades; y, transformado ya en sonoridades, el tiempo embravecido se adormece.

Aun no queda el sentir para otra cosa, si en su canción callada se desliza, que para huir del ser hacia la Vida...

Ya se agita la esfera perezosa en un estremecerse de ceniza de algún encantamiento perseguida.

III

¡Qué grande tempestad mi cielo azota los escondidos campos! Y al ganado le cerca en su refugio consagrado la flauta del Pastor nota por nota.

Tienes, paloma, afán de gaviota, de viajera del dolor anclado, donde prendes tu aliento enamorado con un solo posar, con una gota

de perfume de altar. Cuando posaste, del albergue marino, cielo y tierra, conquistaron las aves esta loma.

No ocultamos al mundo en su contraste, porque lo que en su entraña se nos cierra llena de eternidad una paloma.

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

SEGUNDO ACCÉSIT

Salmos del afán labriego

Lema: «YA MUESTRA EN LA ESPERANZA EL FRUTO CIERTO»

El ancho campo me parece estrecho. GARCILASO, soneto XVII.

...y en la espiga de oro y luz, duerme la Misa. RUBÉN DARÍO, *Las espigas*.

I

Fuera yo agricultor. Y si lo fuera con la paz de que siempre fui mendigo, cultivaría en mi heredad el trigo sin cizaña y la vid sin fioxera.

La llanura en verano, la ladera en otoño — virtud del tiempo amigo— llevarían, en pago de mi hostigo, su tesoro al lagar y a la panera.

Trigo candeal que, porque a Dios le
[plugo,
es capaz de acendrase en flor de harina,
bajo la dura piedra molturado.

Y uva lairén de generoso jugo, capaz, también por voluntad divina, de transformarse en vino perfumado.

II

¡Qué cosecha, Señor, ay, qué cosecha, si fuera agricultor, recogería: Uvas en mil racimos de ambrosía; espigas, todas de oro en una fecha!...

El alma conmovida, satisfecha, lo mejor de unas y otras te daría, para que fueran, en la Eucaristía, símbolo de amistad y unión estrecha.

Porque allí está, Señor, —en el jugoso racimo, en la áurea espiga— el milagroso vínculo inmarcesible que nos liga.

¡Oh misterio de amor! ¡Oh pan, oh vino en que Tú te nos brindas!... ¡Oh destino singular del racimo y de la espiga!

III

...¿Y hay quien llora su suerte, quien
[desdeña
tu inefable ejercicio, Agricultura, y abandona la mies de la llanura que en estío suspira por la aceña?...

¿Hay quien, duro cual piedra berro-
[queña,
no se anega en raudales de ternura, al jirpear el alcorque en que madura dulces zumos la cepa más pequeña?...

¡Fuera yo agricultor!... Y si, afanoso y feliz, sin momento de reposo, aun lo estéril labrara y lo baldío,

¡con qué afán cuidaría las feraces tierras cuyos productos son capaces de convertirse en Ti, Jesús, Dios mío!

TERTULINO FERNÁNDEZ CALVO

La fabricación de espadas en Toledo

Por JOSÉ RELANZÓN

(Fragmento de su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo).

Hasta el año 1500, escasos son los datos que pueden encontrarse sobre esta actividad artesana.

Se sabe que las principales poblaciones españolas que florecieron en la espadería, fueron: Avila, Badajoz, Bilbao, Calatayud, Córdoba, Cuéllar, Madrid, Mondragón, Orgaz, San Clemente, Sevilla, Valladolid, Zaragoza, etc., pero entre todas, destacó Toledo, y tal vez fuera la más antigua en construirlas.

De la antigüedad de esta industria en nuestra ciudad, tenemos varios testimonios; el más antiguo de ellos es el de Gracio Falisco, escritor de la época de Augusto, que en su obra «*De Venatione Gratii Cynegetii...*», dice así: «*Imo toletano praecingant ilia cultro*». (Con legítimo cuchillo toledano, ceñiré la cintura...).

Otros no menos valiosos son las múltiples alusiones que el gran Mariana hace en su Historia a las buenas hojas toledanas.

El primer gran impulso dado a la espadería en Toledo, se lo debemos al gran Abderramán II.

Pero cuando empezó el verdadero auge de la espada toledana, fué en el siglo XV, que inicia su esplendor con el gran maestro de maestros, cuyas espadas eran solicitadas de toda Europa, Alonso de Sahagún, el *Viejo* (1570), cabeza señera de aquella pléyade de artífices, de los que citaremos, entre otros, a:

Hotuño y su nieto Nicolás (1604 y 1637); Almán (1550); Lope Aguado (1560); Tomás de Ayala (1625); Sebastián, el *Viejo*, y el *Mozo* (siglo XVI y 1637). Las cuatro generaciones de los La Hera. Martínez, el *Viejo* (1520). Los hijos y nietos de Sahagún; los Tijereros; Juan Toledo, y muchos más que no apunto por no alargar esta lista de magníficos artesanos, y cuyos nombres, juntos con los cuños que empleaban en sus marcas, se hayan registrados en el Ayuntamiento.

Muchas son las pruebas que, tanto en la historia como en la poesía, se encuentran pregonando la fama de los aceros toledanos. Citaré algunas:

Dice Rodríguez del Canto, escritor del siglo XVIII:

«Las fábricas de Damasco y Fez, las de Reims, Toul y Solingen, no han podido jamás, ni hoy pueden semejar siquiera el temple de nuestras espadas toledanas, y sólo lo han conseguido, si acaso, en la falsa marca que de las toledanas hojas sacaron algunas de aquéllas».

Leguina, en su obra «*La espada*», apunta:

«Llegó la espada a ser el arma característica española, conservando merecido aprecio las famosas de Toledo, de donde procedieron las renombradas hojas «Lealtad Toledana» y «Sueño del Soldado», y las muchas en que se leía: «*No me saques sin razón, ni me envaines sin honor*», dignas continuadoras de la gloria obtenida por la espada ibérica».

También he encontrado un buen testimonio de la fama del maestro Sahagún. El Fénix de los Ingenios, por boca de su personaje *D. Alonso*, en su obra *Las Flores de D. Juan*, dice:

ESPADERO.— ¡Vive Dios que es un diamante!

D. ALONSO.— Aún el diamante es común

Que espada de Sahagún,

No ha de tener semejante.

En el siglo XVIII, con la implantación de las modas afrancesadas, se inicia la decadencia en todas las manifestaciones artísticas, y, como no, la espadería, aumentada por la aparición de las pistolas.

Como es natural, Toledo no pudo sustraerse a esta decadencia, hasta que Carlos III, en 1761, resucitó esta industria, encomendando a D. Luis de Urbina que reuniera en una fábrica a los maestros espaderos matriculados en Toledo, encontrándose D. Luis con la sorpresa de que no había en Toledo nadie que mereciera ese título, teniendo que recurrir a un octogenario valenciano llamado Luis Calixto, que a las órdenes del Capitán de Caballería D. Miguel de San Gil, organizó la primitiva Fábrica de Espadas de Toledo, en una casa de la calle de Núñez de Arce, donde posteriormente estuvo Correos.

Sin duda, por no ser sitio adecuado o por necesitar ampliaciones, encomendó S. M., al General Sabatini, buscar un sitio en las proximidades del río, y próximo a Toledo, para levantar una fábrica de nueva planta.

Con tal fin se compró la llamada *huerta de la Caridad*, el 5 de Noviembre de 1777, en 32.489 reales, en donde construyó la nueva fábrica, y que es el edificio principal de la actual. Los talleres se trasladaron al nuevo edificio en 1781, aunque la obra no se terminó hasta Julio de 1783.

Tanto el emplazamiento como el edificio, no fueron del agrado del Monarca, como así se lo manifestó a Sabatini cuando vino a entregárselo al Real Cuerpo de Artillería. El emplazamiento, para la época, es discutible, pero no así el edificio, que tiene más de monasterio que de establecimiento fabril.

A partir de esta fecha, la espadería toma ya un carácter totalmente industrial ajeno a este trabajo, y la Fábrica de Armas, entregada ya por Carlos III al Cuerpo de Artillería, y hoy por sucesión dirigida por los Ingenieros de Armamento, crece y se transforma al ritmo de los adelantos industriales, convirtiéndose en un centro fabril cada vez más técnico y moderno, dejando de tener interés bajo el punto de vista histórico.

No obstante, es hoy el único establecimiento de este tipo que mantiene en pie el prestigio del acero toledano, como lo demuestra el hecho de fabricarse continuamente sables y espadas para el extranjero.

EL POR QUÉ DE LA FAMA DE LAS HOJAS DE TOLEDO

En toda época, un artículo manufacturado, por mucha propaganda que de él se haga, sólo triunfa cuando cubre las necesidades para que ha sido concebido, y esto es lo que ocurrió, desde un principio, con las espadas toledanas.

La espada, para ser buena, precisa: ser ligera, nada quebradiza y muy flexible. Estas condiciones tan dispares no pueden cumplirlas más que un buen acero convenientemente tratado.

LA CUEVA DE MONTESINOS

Don Gregorio Planchuelo Portalés, catedrático de Ciencias en el Instituto de Enseñanza Media de Guadalajara, Premio extraordinario del Doctorado, es un talaverano ilustre dedicado a la investigación y al estudio. A continuación publicamos este fragmento de su estudio sobre «El alto Guadiana y la zona oriental de la antiplanicie del Campo de Montiel».

A 920 m. de altitud, en una ligera depresión, se abre esta cueva inmortalizada por el Príncipe de las Letras españolas.

Está formada por el hundimiento de parte de las calizas que forman su techo, que han producido una abertura de unos cuatro metros de diámetro, obstruida, en parte, por los bloques de dicha roca al desplomarse. Entrando, y a mano izquierda, se encuentra una sala o recinto muy superficial, de forma circular, con unos cuatro o cinco metros de luz y techo abovedado, por donde se ven orificios debido a la disolución de las calizas por las aguas de filtración.

De esta sala se pasa a la otra parte de la Cueva, mucho mayor y profunda, que se encuentra a la derecha de la entrada. A ella hay que descender con precaución por una fuerte pendiente escalonada por los bloques desprendidos del techo, y muy resbaladiza por la gran cantidad de murciélagos reblandecida por la humedad de la misma Cueva. Al principio el descenso resulta doblemente molesto, pues aparte del cuidado que hay que poner para no resbalar por la pendiente, como el techo está muy próximo al suelo la entrada hay que hacerla casi sentado. Más tarde, ya puede uno incorporarse hasta llegar a unos 10 ó 12 metros de la entrada, en el que el suelo pierde su inclinación y se hace casi horizontal; estamos entonces en un amplio recinto y por él hay que continuar otros tantos metros, por lo menos, hasta el final. Como los bloques desprendidos en esta sala circular se acumularon en su centro y lado derecho, ha quedado entre este relleno y la pared izquierda una depresión en forma semilunar, de unos cuantos metros de profundidad por algunos sitios, que se ha rellenado con el agua que se filtra al contacto de las calizas porosas con las margas impermeables.

Como la pequeña linterna que llevábamos no nos permitía distinguir los detalles del interior de la Cueva, hubimos de ir encendiendo manojos de ramas de romero y hierbas secas como medio de iluminación. El humo desprendido formaba una capa azulada que tendía, con trabajo, a salir por la boca de entrada de la Cueva, al paso que se iba enrareciendo el ambiente. Gran cantidad de murciélagos chillaban muy cerca en otro pequeño recinto que hay más a la derecha; otros, revoloteaban en nuestro derredor, llegando alguno a dar un encontronazo en el pecho de mi acompañante, alucinados sin duda aquéllos por el resplandor de las fogatas.

A la salida, en el espesor del suelo, ya en la boca de entrada, vimos grabados a punta de navaja gran cantidad de nombres y fecha de los visitantes, en el seno de una marga yesifera

muy compacta de color verde azulado. Nosotros, por no ser menos, dejamos allí también la fecha de nuestra visita debajo de nuestros nombres.

La Cueva, en sí, no encierra otro valor que el literario que Cervantes supo imprimirla con su pluma inmortal, que la hizo famosa en el mundo.

Como casi todas las cuevas, ésta tiene también sus leyendas e invenciones que hace a las gentes recelosas de su interior con la falsa creencia de apariciones y la existencia de recintos secretos. A nosotros se nos hablaba, por personas que se las daban de haber penetrado en ella muchas veces, de una estancia en donde existe un pesebre con argollas, y a la que se llega saltando por la izquierda tan pronto se tropieza con el agua. Nosotros no vimos nada de esto, ni allí existe cosa alguna que la mencionada. Y es que el agua, que se supone en el estrecho charco más profunda de lo que en realidad es, da a la gente cierto misterio; es ese misterio a que Azorín alude cuando habla del agua de esta pequeña caverna con su estilo inconfundible, de un gran valor literario, «y en el fondo, abajo, en los límites del anchuroso ámbito, entre unas quebras rasgadas, aparece un agua callada, un agua negra, un agua profunda, un agua inmóvil, un agua misteriosa, un agua milenaria, un agua ciega, que hace un sordo ruido indefinible —de amenaza y lamento— cuando arrojamus sobre ella unos pedruscos. Y aquí, en estas aguas que reposan eternamente en las tinieblas, lejos de los cielos azules, lejos de las nubes amigas de los estanques, lejos de los menudos lechos de piedra blanca, lejos de los juncuales, lejos de los álamos vanidosos que se unirían en la corriente; aquí en estas aguas torvas, condenadas, está toda la sugestión, toda la poesía inquietadora de esta Cueva de Montesinos».

En la boca de entrada no existen ya ni las tupidas zarzas, cambroneras ni cabrahigos, de que hablaba Cervantes, ni tampoco una parra desnuda como dice el ilustre literato acabado de citar; no, hoy allí no obstruye la entrada arbusto alguno, y a pocos pasos crecen los enhiestos romerales, la atocha basta, los pinchudos espinos y las chaparras y sabinas.

Después de nuestra visita a la cueva descendemos por el lado opuesto del que trajimos por el cerro de la mina hasta encontrar el camino que desde el molino se dirige a la Ossa de Montiel. Por éste llegamos en seguida a una vega de buena extensión, rodeada de chopos y plantada de hortalizas, patatas y maíz. Sobre un montículo rocoso, que se adentra bastante en la vega, se encuentran las ruinas del famoso castillo de Rochafriada o Rocafría, como ahora se dice, que apenas se distinguen a alguna distancia porque

las piedras que le forman, de caliza gris azulada, se confunden con la roca de la ladera, del mismo color, que le sirven de fondo.

Regresamos al molino de San Pedro, y por la orilla opuesta de la laguna a la que antes trajimos, marchamos ahora en dirección contraria por una senda muy estrecha y a media ladera con la laguna de San Pedro al fondo. Pero al llegar a la primera curva que hace esta laguna, ya próxima a la carretera, existe otra cascada por donde se derraman sus aguas, cuando de ellas se colma, a la laguna que hacia arriba le sigue y que se denomina La Tinaja. Por dicho sitio, ahora seco, cruzamos para torcer hacia el SE. en busca de una senda, por la que marchamos, atravesando por entre calizas cristalinas, hasta alcanzar la central eléctrica de Rui-Pérez, donde nos esperaba el carruaje.

A este lugar llegamos, ya comenzada la tarde, materialmente bañados de sudor y aplanados por el bochorno de un sol implacable, pero satisfechos de nuestra excursión, que si hasta aquí nos ha proporcionado conocer los parajes más bellos e interesantes del Campo de Montiel, en lo sucesivo se encierra lo menos conocido, a donde ya no se suelen internar los turistas, pues a poco de este sitio se corta la carretera que hemos traído desde Ruidera, después de un recorrido de unos 15 kms. Deseamos seguir Guadiana arriba hasta su primera laguna, y después internarnos por la solitaria antiplanicie, más allá del Campo de Montiel, hasta su borde oriental, para conocer todo este terreno y las fuentes que le proporcionan su caudal.

La fábrica de Rui-Pérez es limpia, coquetona, con una producción de hasta 500 KW hora. El salto, de unos 25 m., es producido por las aguas de la laguna La Conceja, que por encima de este sitio y muy próxima, se extiende. Esta, como las citadas anteriormente desde la mitad de La Colgada, están enclavadas dentro de la provincia de Albacete. Aquí, entre el frescor de estas verdes alamedas y al lado de un bello jardín, que nadie espera encontrar en estas lejanías, nos acogemos a la hospitalidad de estas buenas personas para tomarnos un bien ganado descanso del trajín del día y, después de refrescarnos, saciar nuestro voraz apetito.

Puestos en la disyuntiva de elegir entre terminar aquí nuestra jornada del día o seguir adelante ganando terreno, aprovechando el día que aún queda, nos decide por esto último el ofrecimiento del encargado de la fábrica de acompañarnos hasta un cortijo, propiedad de su padre, sito algo más allá de la laguna la Blanca, a unos ocho kms. de distancia.

GREGORIO PLANCHUELO

NUEVAS PUBLICACIONES

Se ha publicado el primer número de JUGLARÍA que dirige el catedrático de Lengua y Literatura del Instituto de Toledo, D. José María Cabezalí, con dibujos de Enrique Núñez Castelo. Contiene: Carta a Marañón, de José María Cabezalí; Sésamo, de Ernesto Jiménez Caballero; El diálogo y el «Ismo», de José Antonio Novais; Palabras, de Lauro Olmo; Palabras y pintura de I. Rived. Por la trascendencia del artículo reproducimos íntegro el titulado: Inauguración de la palabra, de José María Cabezalí.

«Tenemos aquí, por azar de unión o por deseo de armonía, a Guillermo de Torre, representante de la literatura de máquinas y velocidades; tenemos a G. Caballero, que defendió en *Arte y Estado* la supremacía de la arquitectura sobre todo y que, ahora mismo, va por su periódico oral de Levante, a la palabra. Aquí también nos otros, nonada, dispuestos a inaugurar nuestra palabra. Dispuestos solamente a inaugurarla, y no se quiera dar a este acto mayor significación.

Marañón ha denunciado al gesto como carácter contemporáneo. Aceptamos la idea, pero entendiendo por gesto no sólo, como define Marañón, la «traducción material de un estado de ánimo, por los medios habituales de la expresión emotiva, y no sólo por los de la cara», sino incluyendo también la significación antigua de «apariencia que tienen algunas cosas inanimadas».

Si el gesto de nuestros días tiene un aspecto condicionado por hierros inmóviles o de rígido movimiento; por ciudadanas arquitecturas sin alma; por el claroscuro gesticulante del cine, tiene el gesto hoy otro aspecto que le enlaza con el romántico: su egoísmo sustentador y su acompañamiento teatral y de tramoya.

Desde el romanticismo hasta hoy los gestos teatrales, pictóricos, cinematográficos, militares, de máquinas o arquitectónicos, han ido imprimiendo su troquelación y su estatismo a la palabra y a la literatura.

Hay un choque brusco y dramático entre el gesto y la palabra. El gesto es más agudamente significativo y subraya más la impresión que la palabra; pero es más parcial y menos complejo en su expresión. Los grandes momentos dramáticos —drama, en cierto modo, es la capacidad de incompreensión—, son los grandes momentos gesticulantes. Si nos pusiéramos a hablar antes de gesticular violentamente, abandonaríamos, en muchos casos, el puñetazo inútil, el grito alambicado, la mueca huesuda y las posturas espantapájaros. Dicho con más gracia: *hablando se entiende la gente*, si bien convenimos en la limitación que señala Ortega en el *Prólogo para franceses* de *La rebelión de las masas*: «siendo al hombre imposible entenderse con sus semejantes, estando condenado a radical soledad, se extenua en esfuerzos para llegar al prójimo. De estos esfuerzos.

Proponer la vuelta a la palabra y al diálogo (hermana-

dos con Maragall en *El elogio de la palabra*, con Unamuno en su *Última lección*, *passim* con Ortega y con E. D'Ors últimamente) no es hablar de charlatanería ni crítica patarata. Es tratar de ver humildemente las cosas como son y decir las palabras según las cosas, aunque nos quieran convencer de que no somos cristianos viejos, porque creemos retablo, y no verdad, al de las maravillas.

Pido volver a la palabra sobre el gesto, al diálogo frente a la soledad, a la vida como sueño y no al sueño que inútilmente quiere desembocar en vida. Sueños soñados, suelen quedarse en oírlos y en contarlos. La fórmula española auténtica, me parece, no es que el sueño sea vida, sino que la vida es sueño más o menos duradero y en el que, según Calderón, lo que no pierde es el bien obrar. Río nosotros, nos vamos disolviendo en el curso de nuestro fluir en evaporación lenta y en nube, en el mar; pero también en canalillos de riego fecundante para los frutos. Queremos ir con los ojos bien abiertos a la vida, pues cuando sentimos que el ambiente que nos rodea pierde su amarre con la realidad, es porque tiene que ser sustituido por otro que nos hable sin estilizaciones.

Dejemos en rincón a los gestos, inútiles como globos pinchados, buhos muertos, muñecos sin serrín, caretas rotas. Vayamos a la palabra con ingenuidad juglaresca y sincera, sin buscarla tres pies que no tiene.

Uno de los choques bruscos de la historia española lo integran nuestra enorme gesticulación, derivada de Roma y Asia, y la posibilidad griega y humana del diálogo. (Grecia, la gran desconocida de España e indirectamente entrevista a través de Roma, de Italia o de Francia).

La verdadera senda del hombre no se contiene en el gesto. Reside en la palabra dialogada, que es cuando se toma la más noble actitud de comprensión hacia los demás. Dialogar consiste, particularmente, en *buscar nuestros puntos de coincidencia* y, secundariamente, en justificar nuestra individual semejanza. Lo que me importa no son propiamente originalidades; es mi verdad sinceramente dicha. Más aún en tanto cuanto coincide y se une, por analogía o contraste, con la de otros. Pretendemos decir nuestra verdad leal y necesaria, no nuestra originalidad ingeniosa y desidente del mundo ajeno, por incapacidad de comprenderle o por rareza.

En nombre de este deseo de coincidir con vosotros, de procurar entendernos en serio y sin acudir a falsas caretas de perpetua sonrisa o continua mala cara, en nombre de una verdadera ingenuidad y de un deseo de perspicacia y no de suspicacia, perdonadme esta invitación, que cada uno de vosotros os pagaréis, a unas humildes sopas de ajo con dos huevos y un chato de vino. Lo demás que sintáis es *la hambre*.

JOSÉ MARÍA CABEZALÍ

EL HADA VICTORIA

Érase una vez una señora muy noble y muy rica que vivía rodeada de criados y aduladores. Era caprichosa y exótica, pero también inteligente y egoísta, empero a su muerte todos los de la casa la quisieron. Hacía sus transacciones en unos grandes almacenes donde se vendía desde el duro y claro diamante surafricano hasta la lana sin elaborar, procedente del inmenso redil que es Australia.

En estos almacenes había miles y miles de empleados. Eran diestros navegantes los unos, hercúleos mineros otros e inteligentes y solícitos contables los más, que llevaban avara y magistral cuenta de aquel poderío comercial.

Un día esta señora, se fijó en un caballero de oriental semblante que se encontraba abatido por los años y por la prematura muerte de su esposa. Había oído de él que era un distinguido caballero y miembro de aquel Consejo de Administración. En sus años juveniles había sido un elegante. Ahora, en la calma solitaria y declive de su vida, tenía todo lo que había ambicionado menos el amor de su esposa; y ahogaba esa amargura en la completa entrega a su profesión.

Y en su profesión conoció a esta mujer. Vinieron días de comprensión mutua y felicidad. Él sabía que le gustaban las riquezas, y la daba riquezas y poderío en aquella empresa que él dirigía. Ella le correspondía con las flores favoritas de su jardín.

De pronto, las lenguas de sus hijos se desataron y lanzaron contra la madre toda clase de imprecaciones. Y la madre retrocedió asustada. Es verdad que ha habido una correspondencia no oficial, que se han roto los protocolos y que las clases se han fundido, pero son una mujer y un hombre, dos soledades con una tristeza y una idea; ¿por qué no acompañarse en el final?

* * *

Las clases, la sociedad, el deber o el sentimiento; he aquí una de las eternas cuestiones. Cuando se representa mucho en la sociedad y por la clase hay separación de seres, no significa que la ruptura por cumplir un deber con «esa» sociedad lleve consigo la ruptura de sentimientos. Se puede partir el tronco con el hacha y haber una separación definitiva entre dos partes, pero el sentimiento afectivo no hay quien

lo destruya. Podrá haber separación material, pero el ser humano es algo más que eso, aunque a veces lo disimule muy bien.

Cuando en «El Valle de Josafat» Eugenio de D'Ors dice, con relación a ese dependiente, que no es otro que Disraeli, «que le despidieron porque cayó en la tentación de enamorarse de una cliente y la casa es seria y no quiere historias», pensamos, guiados por la fiel biografía que de él hizo André Maurois, que se rompió el lazo material, pero nunca el espiritual. La Reina Victoria supo aceptar el deber: por amor a los hijos como madre, por egoísmo como reina (entiéndase bien ese egoísmo) y por honor como mujer.

Después de «despedido» oficialmente, tienen las mismas intimidades sus relaciones espirituales y distanciadas. El tono de sus cartas, «Mi muy querido lord Beaconsfield: le envío sus flores favoritas de la primavera...», es de mujer a hombre y no de reina a súbdito. Disraeli puede morir satisfecho: dominó a los hombres y fué amado por las mujeres. ¡Cuántos enemigos y envidiosos le acosarían!

Y pese a todo la Reina Victoria, en una última explosión de sentimientos, graba en piedra su pensamiento y relación con aquel semita.

A
la querida y honrada memoria
de
Benjamín, conde de Beaconsfield,
este monumento le ha sido dedicado por su
agradecida soberana y amiga
Victoria R. I.

Los reyes aman al que habla con acierto.
(Salmo VI. 13).

Puede ser espejismo, pero creemos ver en realidad bastante afecto en ambas partes. Lo que ocurre es que la careta en que se oculta Disraeli tapa solo los ojos e incluso algunas veces se le cae y se deja ver; pero la careta de una reina tapa toda la cara y sabemos que es mujer por las faldas y reina por la corona... empero ¿en la intimidad se la quitará? Si. Pues entonces no hay tantas incógnitas.

En esa intimidad, hemos «visto» sentir a la reina que ella también «cayó en la tentación».

FRANCISCO ZARCO MORENO

Publicaciones de nuestros Asociados

Por CLEMENTE PALENCIA

LA IGLESIA TOLEDANA, por Guillermo Téllez. (Separata del Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo). Imp. R. Gómez-Menor. Toledo.

Empresa difícilísima la de estudiar por separado cada iglesia toledana y llegar luego a un conjunto de notas comparativas para lograr una publicación que es definitiva, por lo que tiene de metódica y organizada.

Solamente puede llevar a feliz término esta idea un hombre de la preparación artística y cultural del autor. Sus manos están acostumbradas al dibujo y sus ojos al color; le es habitual la disciplina constante del método didáctico. Todo ello se refleja en esta publicación, tan representativa hoy de la investigación actual, como lo fueron, a finales del siglo pasado, los trabajos de Ramón Parro y Martín Gamero.

La Iglesia toledana forma un segundo número dentro de la labor propuesta, ya que aparece a continuación de la Casa toledana, y conserva analogías de exposición con aquella meritisima publicación del autor. La naturaleza del tema hace más valiosa esta segunda aportación por jugar en ella modalidades de tiempo, complejidades de estilo y toda esa serie de vicisitudes humanas que fueron transformando las iglesias, innovándolas o destruyéndolas.

Para guiar al lector, siempre aparece la explicación exacta, como esta deliciosa consideración sobre las columnas del trascoro de la catedral:

«Refiriéndonos principalmente a las columnas del trascoro, se ve claramente que son aprovechadas, pues para la función decorativa que cumplen, hubiera sido costosísimo hacerlas en época que no se solían hacer.

Es más, sabemos que en la Edad Media apenas si se labran columnas, ni aún en los grandes monumentos imperiales. Creemos que bastarán tres ejemplos: 1.º Justiniano reunió con dificultad las columnas para Santa Sofía, y se cita el caso espléndido de una viuda que regaló dos. 2.º Sabemos que en la Mezquita de Córdoba se aprovecharon las de los monumentos romanos e incluso las de la basílica de San Vicente. 3.º Carlomagno, para la Capilla Palatina de Aquisgrán, tuvo que llevarlas de Rávena. Estas columnas son anteriores; están usadas sin necesidad tectónica, son magníficas y representan una estética muy rica. Si son anteriores, ¿de cuándo? Arabes. Para una mezquita provinciana, lejana, fronteriza, en donde los árabes nunca fueron mayoría, es difícil. ¿Visigodas? No creemos que ellos pudieran hacer las columnas, pues no son grandes canteros. Tienen que ser romanas, y de templo. Para el exterior parecen pequeñas. Probablemente de villas y casas romanas, adaptadas a un templo basilical romano-cristiano.

Lo cierto es que en la fecha memorable de 665, en la Descensión de la Virgen, lo más seguro es que fueran estas columnas las que presenciaron tan memorable suceso de la iglesia toledana.»

Este tipo de observación no la encontraremos nunca en ningún trabajo histórico sobre Toledo. Para ello se necesita esa excepcional preparación de nuestro buen amigo que ha querido ofrecernos además una colección de admirables dibujos en las páginas de su libro, debidos a figuras tan destacadas como María Luisa García Pardo, Enrique Vera, Emiliano Castaños, Manuel Martín Pintado y Labrador.

HISTORIA DE BELVÍS, lugar en la comarca toledana de la Jara, de Fernando Jiménez de Gregorio. Imp. Soler-1953. Madrid.

Casi trescientas páginas dedica el Profesor Jiménez de Gregorio a su tierra natal, acompañando el texto con abundante documentación gráfica. Los que conocemos sus entrañables reacciones ante cualquier hallazgo arqueológico, y sabemos de

su peregrinar por los campos desiertos, lo mismo que sus horas de investigación sin descanso, tenemos ya datos adelantados para entregarnos con pasión e interés a la lectura de este libro.

Por el orden de aparición, hace esta obra el número 25 entre sus publicaciones. Dada la juventud del autor, muy pocos catedráticos españoles tienen en su haber docente datos más brillantes ni de más auténtico magisterio. El mérito de esta obra radica en la compleja aportación de datos que tan felizmente supo ir acumulando el insigne investigador, cotejándolos con el documento vivo de seres humanos, con los que convive en largas temporadas, y a los que interroga sobre ellos mismos y sobre sus antepasados.

Hemos creído siempre que los grandes hechos históricos se falsean por no haber sabido desentrañar antes la menuda historia anecdótica que los compone. Pensamos en esto al leer la interesante página que titula los «Emigrantes a las Indias». Nada de extraño es para nosotros por conocer el temperamento racial de esas tierras lindantes con Extremadura; queda todo justificado, cuando leemos estas consideraciones que nos hace Fernando Jiménez de Gregorio, con los pormenores familiares, sociales y económicos de los emigrantes hacia lo que fué el Virreinato del Plata.

Si conociésemos la historia íntima y privada de muchos pueblos españoles, tendría para nosotros más valor moral esa serie de estadísticas sobre guerras, epidemias y riquezas catastróficas que, leídas sin razonamientos ni comentario, apenas significan nada.

Nos merece el autor una cordial felicitación por este nuevo libro con sus páginas tan humanas y entrañables.

BRISAS ÍNTIMAS (poesías), por Juan Antonio Villacañas. Imp. R. Gómez-Menor. Toledo.

La tercera publicación poética de nuestro joven asociado consigue ampliamente justo renombre. Radio Nacional y Radio Madrid no dejan de consignar la importancia de una firma que se incorpora al actual movimiento poético «con un lírico clamor de emociones vitales y humanas... como cantor de una verdad íntima y de su contorno irrenunciable» (Radio Nacional, emisión 8 de Julio, 1953).

Al leer tantas publicaciones en verso, que ponen más en crisis la poesía, nos consuela este tranquilo paisaje que elaboró el poeta:

*«De pie, mirando al cielo, junto al río,
la frente pensativa, sin lenguaje,
dos árboles contemplan su ropaje
verde viejo, cargado de rocío.»*

Dentro de un monólogo que tiene líricos arrebatos, con sosiegos y reflexiones, comprendemos muy bien:

*«Esta hoja que verde se hace bella
en un pliegue cualquiera del espacio,
clavada en los caminos de tu estrella.
¡Pobre rama que crece tan despacio,
los campos y las aves, junto a ella!»*

Iríamos gustosos espigando por las suaves riberas, escalaríamos las altas cumbres de inspiración que el poeta logra cuando quiere talar el espeso campo en que las cosas padecen, con un padecimiento resignado como el de la lámpara o con un trágico consumirse como:

*«Quítame ya la piel con que me adorno
y déjame desnudo, despojado;
llévate así la carne que me has dado
que en mi cuerpo es el mal todo contorno.»*

Pocas veces sabe un poeta renovarse a cada paso, como hace J. A. Villacañas cuando, pulgada a pulgada, va levantando las doradas policromías de este íntimo retablo, lleno de preciosos recursos y de buenos sonetos.



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

